

¡MIEL DE MIL FLORES LLEVO!

¡La llevo pa' regalar!

Octubre. La luz de la mañana se empieza a retrasar. Todo se mueve con rapidez en esas primeras horas. La inquietud madruga. No se está muy convencido, son muchas las luces y sombras. Hay que esperar. Arrancan las conversaciones. Se agitan los pensamientos, que acechan hace ya rato, agobiando si les dejas.

El grupo allí está a la espera. De diez veces, nueve, luego el último, lugar que no suelo abandonar, ni para cruzar la calle. Aprendiz de todo. Buscando pasos perdidos o tras la huella imposible.

Motor en marcha. Mareo de última hora. Susto, tenemos un abandono. Por precaución. En ti confiamos, Señor, protégelo del mal y llénalo de tu Amor. Marchamos, la primera cuesta se atraganta, hasta que se coge el ritmo. Primera curva, ya nos acaricia el sol.

Se abren los corazones, se derrama un manantial de realidades, sueños, esperanzas rotas, confusión, gritos de auxilio, el alma herida, dolor, amor, más realidades, más sueños, más esperanzas... Abadía Santa María de Huerta, siglo XII, 2000 metros, máximo 80. El rosetón de la Iglesia, la torre, el arco de la entrada... a la derecha. Paso a nivel con barreras; no olvidar, ojo a la derecha, ojo a la izquierda, o viceversa. Aquí estoy, Señor, para hacer tu voluntad. Pero primero aparcar. Uno que se va, nos deja el sitio, todo solucionado.

Mismas piedras a la vista, mismos pasos, escalones, la puerta entre los dos mundos, todo sigue donde estaba, el abad y su sonrisa, la luz, la música por el aire, los ángeles en las esquinas, al acecho, vigilantes, guardianes de nuestra paz, aquí vive el Gran Amigo. Nos acoge, nos abraza, es un saludo fraterno, la palabra de los monjes, la sonrisa del transeúnte. La Paz está con nosotros.

Sólo una vez al trimestre, cuánto tiempo dando vueltas, cuánto tiempo tan perdido. Más de un año sin sentido, que por aquí no he venido, porque no se sabe como, el maligno hace su oficio, ensalzando vanidades, prometiéndote tesoros, metas muy interesantes, te hace mentirte a ti mismo, extraños mundos de amor, se ofrece en fino envoltorio, en las más raras estancias o en las más queridas caras, visiones desorbitadas, irrealidad, frustración.

Y ¡oh milagro! He oído dos palabras, las primeras dos palabras de aquella voz que en lo hondo, se ha mantenido callada. Formación. Enemigo en retirada. ¡Se oyen cantos de victoria en las tiendas de los justos. La Fe, una vez más, adelante. Cuantas historias no habrá, cuantas interioridades que tan solo se descubren para los más inmediatos y si se ofrece el momento. ¡Qué camino tan bonito! ¡Qué agradable compañía! Pensamientos, opiniones, ¡votaciones!, debates y magistrales lecciones.

Como saltan las abejas, sin parar, de flor en flor, escuchamos al que habla, decimos una oración, hablamos con unos y otros, comemos con devoción, como gran fraternidad; unos friegan con programa, otras barren con primor, todos ríen por “lo bajo”. Vamos de aquí para allá. Recogiendo sin parar, guardando bajo las alas, para marchar al panal y depositar el fruto, de la labor aprendida. Al final de temporada vaciaremos las celdillas y llenaremos el alma, con la más rica sustancia, como la más cristalina, pura miel angelical, dulce esencia enriquecida, de mil flores recogido. ¡Oh Señor! Que no me falta, que me dure todo el año, que me anime a compartir, que más hermanos la prueben.

¡Miel de mil flores llevo! ¡Seguro que gustará!

Santiago Ruiz Pérez
Laico de la Fraternidad de Santa M^a de Huerta